

DE TODO UN POCO

ENSAYOS DE COSMOGONIA

(FRAGMENTO)

III

¡Qué triste es la mar sombría
Cuando no la alumbró el sol?
¡Será así la eternidad
Cuando no la alumbró Dios?

* * *

Cinta de menuda arena ciñó los límites extensos de los mares y aquella Voz ordenadora que reunió los disgregados elementos de la materia dando forma á los confusos átomos, convocó después en los senos de la tierra á las dispersas aguas, contrarrestando su empuje bravío con la admirable proporción entre su inmensa mole, presión atmosférica, colosal altura de los impetuosos ríos y el violento esfuerzo de los vientos.

Harmonía maravillosa que sostiene en pasmoso equilibrio las inquietas olas en el preciso término que el dedo de Dios les marcara.

Dijo el Hacedor—Júntense las aguas que están debajo del cielo y descúbrase la seca—y fué hecho así.

Apenas los muertos destellos de una claridad dudosa bañan el fangoso suelo, cuando la flora primitiva surge exuberante y monstruosa, ostentando á la vista de su Creador el magnífico y sorprendente panorama de la vida en sus primeras manifestaciones.

Aparece desnada la flora carbonífera sin la variedad de los colores, retratando en sus colosales y grandiosas dimensiones la voluntad omnipotente que le comunicó el sér.

Los vacilantes reflejos de la opaca luz prestan sus tintes más sombríos al cuadro tétrico de un mundo donde faltan el dulce susurro del manso arroyuelo, el suave gorgor del ave en la enramada, el leve y misterioso eco del aura en la selva umbrosa y las notas cadenciosas de la voz humana, himno sublime, de este concierto admirable.

La débil luz que baña los dilatados horizontes de mares que se pierden en la penumbra, es más lóbrega, más espantable que la oscuridad misma.

Cuando no alumbró los recónditos abismos de la inteligencia humana el sol esplendoroso de la fé y sin norte ni guía vaga errante entre las negras sombras de la nada debilmente alumbrada por la indeficiente luz de la razón que vacila en el piélago del error y la duda, reproduciese el sombrío cuadro de la primitiva inacción, tinieblas, desorden, aridez y tristeza.

Que es la razón sin la fé lo que la primera luz sin la hermosura y refulgente claridad de las estrellas y los soles.

En los días risueños de venturas y esperanzas se abre el corazón como flor delicada, cambiando sus vírgenes afectos por la belleza que le fascina y la inteligencia sigue con celeridad á las deidades que le seducen, ataviadas con las hermosas y seductoras galas de la verdad.

Mas ¡ay! que estos días de alegría son la víspera de crueles desengaños y á las primeras y dulces sensaciones de la atractiva pasión acompañan en breve las amargas decepciones.

Días en que solo encontramos en la sociedad que nos atrae la falsedad y el dolor; días que desencantan nuestra inteligencia, descubriendo en los objetos para ella más dignos, mil defectos primorosamente encubiertos con los brillantes ropajes de virtudes hipócritamente fingidas, días que mar-

tirizan al corazón con punzantes y dolorosas espinas, sembrando el hastío y la indiferencia más espantosa.

Y en esos días ¡ay de los corazones sin fé! zozobrarán en los rudos embates de la vida cual zozobra la nave sin timón en alta mar, barrida por el vendaval potente.

Alma donde una educación materialista é impía ha secado las fuentes de la ternura y la virtud: inteligencia que en sus primeros albores no ha vislumbrado las sublimes verdades que Dios revela á los humildes y sencillos, pronto caerá desfallecida, cuando solicitada por la verdad y el error ambas le tiendan la mano y germine la maldita semilla de la duda; pronto la oscuridad y tinieblas la invadirán y la luz vacilante y dudosa de su razón aprovechará tan sólo para que aterrada y confusa contemple las negras sombras que le rodean.

¿No es este caos de confusión y de horror, de quebrada y moribunda luz entre las lobregueces de la eternidad, el cuadro sombrío que contemplamos el tercero de los días genésicos?

Si Dios hermozeó su obra ciñéndola con irisada diadema de dorados rayos, iluminó también la inteligencia oscurecida con un destello del brillante sol de la fé.

Sin esa hermosa diadema ¡que pavorosa y triste es la mar inmensa!

Sin el sol refulgente de la fé ¡que sombría y aterradora es la eternidad!

MARÍA.

Cuentos de LA HORMIGA.

NUMERO 2.

El diario de Ser Dolores.

Distraidamente hojeábamos uno de los muchos manuscritos que alfombraban el suelo de la biblioteca para gastar el tiempo de alguna manera, ya que no podíamos gastar una sola peseta porque la mensualidad cobrada seis días antes había pasado íntegra desde nuestro bolsillo á engrosar la banca del casino.

Como la tarde estaba lluviosa y oscura ordenamos nos subieran el café á un salón de rasgadas ventanas, rica biblioteca años antes, cuando nuestro cuartel era edificio consagrado á las ciencias y á las artes, pero en la actualidad casi vacíos sus estantes y en confusión sus legajos, testigo elocuente de que allí había posado su planta el monstruo de la guerra; pues solo hacía seis semanas que habiase firmado la funesta paz del Zanjón.

«Bello pensamiento» dijo Pepe Roca, mostrándome dos renglones al final de una hoja en un pequeño cuaderno escrito con clara y tan bien trazada letra que podía pasar por modelo de caligrafía.

Era Pepe Roca muy dado al romanticismo y á proporcionarme, abusando de mi genio bonachón, grandes latas en sus frecuentes horas de melancolía.

Así que no dudé ver en la hoja que su diestra sostenía algún epílogo de los célebres amores de *Pierres y Magalona* y me sorprendió el siguiente pensamiento. «Todo se pierde en las constantes luchas de la vida, menos el recuerdo del primer amor»

No hay para que decir que excitada nuestra curiosidad leímos el cuaderno encontrando, como compensación á nuestro trabajo, una de tantas

historias dignas de ser conocidas, la que en extracto es como sigue.

I

Cárlos y Lola crecieron juntos y juntos compartieron las primeras ilusiones de la vida. Sus almas llegaron á comprenderse y sin necesidad de explicarse se amaron. Las familias lejos de oponerse fomentaron esta pasión pura y su amor creció tranquilo, agigantándose por los continuos juramentos con que sus almas creían consolidar y garantizar para siempre el ferviente anhelo de sus enamorados corazones.

Llegó el momento supremo para los enamorados. Cárlos abandonó el pueblo natal con sus padres á quienes reveses de fortuna obligaron á dejar la Península, buscando en Cuba, donde tenían parientes de elevada posición, el capital que la fortuna adversa destruyera.

La despedida fué conmovida y entre lágrimas y suspiros, ambos amantes concertaron mezclar siempre en las últimas oraciones del día la frase—Cárlos para Lola; Lola para Cárlos» que partiéndolo de sus labios llevaría á sus afligidas almas la tranquilidad del amor correspondido y el recuerdo del bien amado.

¡Cuan lejos estaban de suponer que el destino implacable les separaba para siempre!

Pasaron los años y Cárlos huérfano, luchó con tesón por crearse una posición conque volver á la tierra natal, donde siempre Lola le esperaba y á la que él amaba con la misma pasión del primer día.

Aquí el diario interrumpe la historia de Cárlos, de quien Lola cesó de tener noticias, pero no de amarle, á pesar de ignorar su suerte.

Lola creyó muerto al objeto de su amor y sepultando en el fondo de su alma el recuerdo de la primera y pura pasión, desechó brillantes proposiciones y consagró á los pobres la ternura de su angustiado corazón, tomando el hábito de hermana de la Caridad.

II

Corría el año 66. Sor Dolores cuidaba con maternal solicitud en el hospital de Guantánamo á los heridos españoles y á pesar de los achaques propios de su avanzada edad, acudía sin reposo á donde el suspiro de un moribundo ó la queja angustiosa de un herido, reclamaban su esmero.

La cama número 25 acababa de ser ocupada por un anciano agonizante que recogieron las españolas tropas en el campo insurrecto.

La caritativa Sor Dolores acercóse al lecho del anciano cuando ya el estertor de la agonía amorataba su rostro y entre la anhelosa respiración de su pecho escapóse, con su vida, de sus labios secos, la frase que encerraba una vida de ilusiones, destruida por la desgracia y aniquilada por los sinsabores y contradicciones.—Cárlos para Lola; Lola para Cárlos.

Dos colaboradores

La Caridad y la Filantropía

Adornada su frente por los laureles
Que nacen y se agostan el mismo día
En festín, en sarao, danza ú orgía,
De la locura agita los cascabeles
La ridícula y vana filantropía.

Ansiosa de la gloria que no marchita
El olvidó temprano de aqueste suelo
Cuyo aplauso y honores no solicita,
Va en pés de la desgracia y del desconsuelo
La Caridad cristiana, santa y bendita.

Al mundo la primera debe la vida
Y sus vanas ideas de él ha heredado;
La Caridad paciente, dulce y sufrida
Brotó de la anchurosa y mortal herida
Del pecho del Dios-Hombre crucificado.

Silenciosa y humilde, cuando auxilia
Y al débil ó al hambriento tiende su mano
El amor santo y puro sus pasos guía,
Sin buscar el socorro que al pobre envía
En el loco bullicio del mundo vano.

No ríe cuando lloran los desvalidos
Ni cambia la limosna que enjuga el llanto
Por el lúbrico goce de los sentidos,
Que mezcla sus gemidos con los gemidos
Del que sufre anegado en mortal quebranto

El filántropo ufano su obra publica
Con elogio que al pobre siempre sonroja,
Su limosna le humilla y le mortifica
Pues de oprobio su rostro triste salpica
La moneda que altivo á sus piés arroja.

No caldea su pecho la santa llama
Que alienta y vivifica el amor cristiano;
Generoso su sangre nunca derrama;
Jamás se sacrifica porque no ama
Pues al pobre no mira como á un hermano.

No ama al que desdena la ingrata suerte
Y la loca fortuna su auxilio niega;
Decidme si ama al pobre quien se divierte
Gozando y más gozando, cuando la muerte
Con atroces dolores su vida siega.

Entre una y la otra media un abismo
Sin límites, inmenso, grande, profundo:
La Caridad es hija del cielo mismo
Y su amor, sublimado hasta el heroísmo,
Puede sin más auxilio salvar al mundo.

El amor es la vida y esa manía
A que el siglo caduco rendido adora
Y orgulloso apellida filantropía,
Del amor la ternura y belleza ignora
Y es dura como el marmol y como él fría.

En la gloria mundana cifra su anhelo,
Y por ella se afana, lucha y agita;
Es terrena y suspira por este suelo;
La Caridad del mundo no necesita,
Pues tiene á Dios por padre; por patria el cielo

PEPITO

CHARADA

En el arma *prima* y *tras*
Para casa *dos primera*
En la dehesa *dos tercera*
Y el *todo* una planta es
Que nace en lejana tierra.

La solución en el número próximo

IMPRESA DE CUARTERO Y CAMPOS.